

Burocratic 3000

Los Ángeles, 2059. Ha llegado la era del control de las fotocopadoras, un imperio reprográfico donde las máquinas multifunción lo controlan todo y resulta imposible realizar cualquier tarea sin el beneplácito que de estas se obtiene una vez se han rellenado todos los formularios oportunos. La máxima expresión de este sistema de control es la Burocratic 3000, un monolito gris con una pantalla táctil ominosa, omnipresente en todos los ámbitos de la administración pública, desde la emisión de licencias hasta la gestión de la sanidad.

En el Gran Hospital, donde antes se luchaba sin tregua contra la muerte, ahora la batalla se libraba, día tras día, contra el Formulario de Acceso al Instrumental Crítico 35-B.

Isidoro, cirujano de urgencias ya al borde de la jubilación, llevaba cuarenta años abriendo pechos, deteniendo hemorragias y devolviendo el aliento. Había visto de todo: guerras, epidemias, recortes brutales, pero lo de esta mañana era para mear y no echar gota. Y es que, por primera vez en su dilatada carrera, sentía que se le moría un paciente por culpa del progreso.

El reloj marcaba las 11:05.

El susodicho: varón, cincuenta y tres años, había llegado a las 10:54 horas con un infarto agudo de miocardio, con obstrucción severa del ventrículo izquierdo. El tiempo apremiaba. La adrenalina de Isidoro fluía como antes, pero la Burocratic 3000 se había atascado justo en el momento más crucial.

—¡Rápido, inicie el protocolo de apertura! —gritó Isidoro a una de las jóvenes residentes, cuyo rostro pálido revelaba que aún no se acostumbraba a este tipo de tensión mecánica.

La residente tecleó con manos temblorosas el código inicial en la pantalla táctil incrustada sobre el armario de instrumentación.

—Piiiiiiip... Introduzca edad del paciente...

—¡Cincuenta y tres!, —masculló Isidoro, sintiendo cómo los latidos del paciente se convertían en una taquicardia frenética en el monitor.

—Piiiip... Error del sistema. La edad debe estar validada por el Certificado de Registro de Paciente (CRP). Autorización de operación denegada.

Isidoro sintió una oleada de rabia helada. No era un fallo, era una humillación. Años atrás, él confiaba en su instinto, en la pericia de sus manos. Ahora, su bisturí, el que

había salvado cientos de vidas, estaba a menos de un metro, encerrado por una lámina de titanio que la Burocratic 3000 consideraba *segura*.

–¡Maldita sea! ¡Introducid la contraseña de emergencia!, –rugió a su equipo.

El enfermero jefe, con más experiencia que la residente, se acercó y tecleó la secuencia alfanumérica que debía cambiarse cada tres días y que contenía letras mayúsculas, números y trece caracteres especiales. Una contraseña diseñada para ser inexpugnable, incluso para el personal que debía usarla.

–Piiiiip... Contraseña caducada. Por favor, introduzca el nuevo Código de Acceso Único (CAU) recibido en su dispositivo móvil oficial. Recuerde que el CAU caduca a los 60 segundos de su emisión.

El equipo se palpó los uniformes de urgencias. Los teléfonos móviles oficiales, por protocolo de seguridad y esterilización, estaban guardados en un casillero externo.

–¡Es una urgencia, maldita sea! ¡No podemos salir a buscar los teléfonos!, –gritó Isidoro, golpeando el panel táctil con el puño. –¡Soy el doctor! ¡Autorizo la operación!, –clamó directamente al sensor de audio, pero la máquina solo respondió con la luz parpadeante de un 'Error Crítico de Protocolo'.

El monitor cardíaco pasó de la taquicardia a un ritmo cada vez más plano. Los picos se desaceleraban a la misma velocidad que la Burocratic 3000 pedía nuevas verificaciones, como un burócrata digital empeñado en la letra pequeña.

En un acto de retrógrada brutalidad, y a sabiendas de que sería sancionado, el enfermero intentó arrancar la cerradura donde se hallaba el instrumental. El metal, al igual que el algoritmo, tampoco cedió. Era una fortaleza de datos y titanio.

Mientras el hombre tumbado en la camilla se deslizaba hacia la muerte, la Burocratic 3000 persistió en asegurar una segura seguridad de protección de datos, y su humanidad artificial no claudicó. En la pantalla, junto a la línea plana del electro, apareció un texto en el formato institucional exigido (Arial 12, interlineado 1,15): "Protocolo 35-B de Cierre de Instrumentación Activado. Por favor, reinicie el Formulario de Autorización y espere validación del Ministerio de Sanidad (T/A: 3-5 minutos)".

El equipo de doctores y enfermeros presenció atónito y sin poder evitarlo cómo el paciente expiraba.

Dos segundos después de que el corazón se detuviera definitivamente, un nuevo *piiiiip* resonó en la sala, esta vez triunfal.

–Piiiiip... Autorización concedida. Acceso a Instrumental Crítico. Por favor, complete el Formulario de Defunción 48-A en las próximas 24 horas.

Ahora, solo quedaba la esperanza de un paraíso que, por fin, no pidiera contraseñas ni formularios de acceso.

Mari Antonieta